

GUERRA Y ASAMBLEA: Descubrimiento y aprendizaje de la democracia entre los miskitus nicaragüenses (1981 - 1988)

Gilles Bataillon, Sociólogo
Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA)
Mexico D.F, Mexico

RESUMEN

La complejidad de las relaciones entre aparatos político-militares represivos y organizaciones guerrilleras de base étnica, representa un escenario sustancial para desagregar el valor de sus estrategias hegemónicas y contra-hegemónicas. Este artículo se aproxima a través del discurso y las estrategias de lucha al proceso experimentado por los miskitus nicaragüenses durante los convulsionados años de la guerra entre sandinistas y contras. Algunos apartes de ese conflicto son tratados por el autor de una manera que fusiona la descripción y la interpretación generando una interesante aproximación al escenario de la guerra.

PALABRAS CLAVES: Guerrilla, Estado, Hegemonía, Miskitus, Guerra, Ejército.

ABSTRACT

The complexity of relations between political and military repressive apparatus and revolutionary organizations based on ethnic interests, represents an ideal stage for analyzing about their hegemonic and counter-hegemonic strategies. This article deals with these strategies, in the case of Nicaraguan miskitos during the war years' between sandinistas and contras. The author approaches these conflicts using a descriptive and interpretational perspective on war.

KEYWORDS: Guerrilla, State, Hegemony, Miskitus, War, Army.

Introducción

Hasta 1979, los miskitus nicaragüenses vivieron un entrelazamiento de formas políticas que podrían llamarse tradicionales según la terminología weberiana. La mayoría de confesión morava vivía bajo la autoridad común de pastores, viejos de la congregación, ancianos del pueblo, jueces de mesta, alcaldes designados por

el presidente de la República y diputados elegidos en el transcurso de unas elecciones semi-competitivas. Desde 1989 viven la experiencia de formas democráticas de poder en todos los niveles de la vida social. El conjunto de las autoridades municipales, como los diputados y los miembros de los consejos regionales autónomos, son elegidos por sufragio universal. Los

¹ El presente estudio es la continuación de un primer trabajo sobre la guerrilla miskitu: «Comandantes, État-Major et guerrilleros: jeux de pouvoir à l'intérieur de la guerrilla miskitu (Nicaragua 1981-1984)» [Comandantes, Estado Mayor y guerrilleros: juegos de poder en la guerrilla miskitu (Nicaragua 1981-1984)], Cahiers des Amériques latines (en

prensa). Al igual que en el estudio precedente, me apoyo por una parte en las entrevistas hechas a los guerrilleros en 1984 y 1985, así como en nuevas entrevistas hechas tras su regreso a la vida civil, de 1997 a la fecha. También recurro a diferentes documentos de archivos de la guerrilla que me permitieron consultar y copiar.

ancianos del pueblo, que además forman parte de un Consejo Regional de Ancianos, también son elegidos en las diferentes comunidades. Por último, el poder tradicional de la Iglesia morava está en franca regresión y enfrenta la competencia de las iglesias pentecostales.²

El descubrimiento y el aprendizaje de la democracia por parte de los miskitus se debe sin duda alguna al «espíritu de los tiempos». Este proceso se inscribe obviamente en un movimiento más amplio de valoración de la democracia que ha marcado toda Nicaragua y de manera más general el subcontinente desde principios de los años ochenta; sin embargo, también ha sido una experiencia propia de los miskitus y vale la pena seguir su recorrido en la medida en que ha tenido lugar en un contexto que a priori les resultaba poco favorable: el de la acción armada y la guerra civil, pues fue efectivamente durante la guerra que los miembros de la guerrilla indigenista MISURA instituyeron poco a poco prácticas democráticas tanto en el interior de su organización armada como entre las poblaciones desplazadas y refugiadas en Honduras.

El objeto de este estudio es seguir el recorrido de los diferentes momentos de esta invención y el establecimiento de praxis democráticas. Comienzo por describir el contexto que prevalece al cabo de los dos primeros años de enfrentamientos armados, así como las formas de poder dentro de la guerrilla. Enseguida muestro cómo surgieron las primeras prácticas democráticas en la encrucijada de las necesidades funcionales de la guerra, la erosión del carisma del principal dirigente de la guerrilla y ciertas presiones de la opinión pública internacional. También analizo los diferentes momentos del establecimiento de esta sociabilidad democrática. Enseguida describo las consecuencias de esta reorganización, tanto sobre la manera de conducir la guerra como en las relaciones con los refugiados.

1. Del agotamiento del carisma a la «toma de la palabra»³

Si bien los primeros momentos de las operaciones armadas contra los sandinistas se desarrollaron en un ambiente caracterizado por el poder discrecional del comandante en jefe de MISURASA, las consecuencias de la guerra no tardarían en favorecer la «toma de la palabra» en todo tipo de circunstancia. De este modo asistimos a la vez tanto al agotamiento y al cuestionamiento del poder carismático de Steadman Fagoth, como al surgimiento de un contra-poder de los comandantes. Por otra parte, gracias al respaldo del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), las poblaciones desplazadas adquirieron autonomía y se otorgaron instituciones representativas propias frente a los guerrilleros.

En otra parte (BATAILLON 2001) hemos visto la forma en que el estancamiento de las operaciones armadas, junto con la suspensión de la ayuda norteamericana, favorecieron la aparición de un contra-poder en el seno de la guerrilla; ahora es pertinente describirlo y analizar su funcionamiento. Mientras que en los primeros tiempos de la lucha los guerrilleros obedecían sin chistar las órdenes del Estado Mayor, los comandantes lograron de *ipso facto* participar en la planificación de las operaciones militares. Las operaciones ahora se analizaban y se discutían entre los comandantes y el Estado Mayor antes de ser llevadas a la práctica. Esto significa que mientras algunas se adoptaban sin grandes modificaciones, otras eran largamente discutidas y reformuladas con los interesados. Asimismo, los comandantes adquirieron verdaderos márgenes de iniciativa y no dudaban en comunicar sus deseos y vetos. Algunos incluso entraron en contacto con los miembros de la guerrilla indígena rival, MISURASATA (cuyo Estado Mayor se hallaba basado en Costa Rica), y comenzaron a organizar operaciones junto con ellos. El contra-poder de los comandantes fue al principio solamente un contra-poder de hecho y en modo alguno de derecho; pero no por ello dejó de transformar completamente las formas de funcionamiento del poder dentro de la organización

² Remito a dos estudios anteriores que dediqué al tema: Bataillon (2000) y (2001).

³ Tomo en préstamo la expresión de Michel de Certeau.

armada. El Estado Mayor no se presentaba ya como un poder omnisciente, cuyas órdenes no podían discutirse sino, al contrario, como una instancia con la que en cierto modo se estaba en negociación permanente.

A diferencia de los dos primeros años de guerra (1982-1983), esas discusiones ya no eran tipos de «traición» merecedores de la pena capital. Por el contrario, adquirieron un aspecto casi rutinario. Muchos combatientes no tardaron en descubrir que tenían un valor funcional: en efecto, quién mejor que un comandante conocedor de una zona para juzgar la factibilidad de un ataque o un golpe de mano. Aunque en un principio esas conductas sólo eran propias de unos cuantos comandantes, se propagaron rápidamente y cada vez eran más los responsables que se autorizaban márgenes crecientes de autonomía. También los suboficiales y simples guerrilleros adoptaron la misma actitud hacia los comandantes. Difícilmente podría exagerarse la importancia de este cambio, aunque tampoco se trata del establecimiento de un sistema de democracia directa en una organización militar; sin embargo, es pertinente destacar que entonces surgió en MISURA otro estilo de relaciones de obediencia y mando.

De manera paralela, miles de refugiados llegaron a principios de 1981 y el ACNUR se hizo cargo de ellos, inclinando ostensiblemente la balanza hacia un estilo de relación más democrática. Los miembros de las organizaciones humanitarias que trabajaban con los refugiados a cuenta del ACNUR generalmente eran muy favorables a los sandinistas. Con todo y las reservas de algunos ante las «deficiencias» de la revolución, casi nadie abrigaba simpatías por los guerrilleros de MISURA. Por eso eran muy receptivos a las quejas de todos los que protestaban contra el verdadero sistema de conscripción, con gran frecuencia forzada, que habían establecido los guerrilleros. De repente, pese a las prestaciones de los militares hondureños, los campamentos del ACNUR servirían de lugar de refugio tanto para los que huían de las exacciones de los militares sandinistas, como para quienes rechazaban el nuevo poder de los guerrilleros. Y a pesar de que siguieron dándose muchos casos de coacción de la guerrilla en los campamentos, las autoridades del

ACNUR pudieron seguir ofreciendo protección real a ciertos opositores de la guerrilla. No cesaron los abusos por parte de los guerrilleros, pero de pronto se hicieron más discretos y quienes lograron sustraerse a ellos ganaron un nuevo margen de maniobra.

Deseoso de afirmar su ascendiente sobre los refugiados, el ACNUR los conminó a elegir democráticamente autoridades representativas. Se invitó a cada comunidad a designar una junta directiva coordinadora compuesta por siete miembros: un coordinador, un juez, un secretario, un tesorero, un fiscal y uno o varios voceros, según el tamaño de la comunidad. Con el mismo propósito, los miembros de las ONG que trabajaban para el ACNUR convocaron asambleas generales en cada comunidad. Los comunitarios que querían postularse como candidatos a los diferentes cargos se dieron a conocer. Luego, los adultos de la comunidad se formaron en fila para votar. Cada uno de ellos manifestaba públicamente su voto a los miembros del ACNUR, quienes los anotaban en un pizarrón negro. Al terminar el conteo de los sufragios así expresados se proclamó el resultado de la elección de las autoridades. Una vez elegidas esas juntas, el ACNUR designó a algunos de sus miembros para que formaran parte de un Comité de Trabajo que debía servir como enlace entre sus representantes y los miembros de esas juntas. No cabe duda que los miembros de MISURA, al igual que gente cercana a la guerrilla, ocuparon muchos de esos puestos; pero hay que decir que fueron designados en el curso de las elecciones organizadas por una institución que les era desfavorable, por decir lo menos. Y aunque los guerrilleros pudieran intimidar a los posibles candidatos que les eran demasiado hostiles, no tenían manera de impedir la aparición y la expresión pública de disensiones y rivalidades en la nebulosa de los exiliados. De igual manera, aunque las preferencias no se expresaron en secreto, nadie estaba seguro del resultado del escrutinio. Así, independientemente de la influencia de MISURA en los campamentos de refugiados, los exiliados ganarían poco a poco una autonomía real ante el poder de hecho de Steadman Fagoth y su Estado Mayor.

Finalmente, en 1984, cuando las operaciones militares perdieron intensidad al suspenderse la ayuda norteamericana, los combatientes tuvieron ocasión de preguntarse sobre el sentido de sus acciones. Dentro de la tropa había discusiones informales y también consultas más organizadas. Muchos guerrilleros se habían lanzado a la acción pensando que obtendrían rápidamente la victoria. Aunque el éxito se hizo esperar, la ayuda norteamericana les había permitido sobrevivir entre 1982 y 1983 en condiciones aceptables. Cuando se suspendió, las discusiones sobre el sentido de su combate y su futuro inmediato se hicieron ciertamente inevitables.

Los debates se hicieron nuevamente más intensos en junio de 1984 con motivo de un seminario de formación de los cuadros del MISURASA. Normalmente los participantes de este seminario se hallaban separados geográficamente; ahora por primera vez se reunían y discutían extensamente las modalidades del funcionamiento del movimiento y el futuro de la guerra. Las charlas con los antropólogos y periodistas que venían a preguntar sobre MISURA (en ocasiones muy críticos de algunas de sus acciones), también contribuyeron a fortalecer en muchos de ellos la sensación de tener algo que decir sobre la manera de llevar las operaciones político-militares. Las discusiones que tuvieron con ellos versaron primero sobre sus posibilidades de vencer militarmente a los sandinistas, la necesidad de negociar con éstos y la naturaleza de sus relaciones con la Contra hispanohablante. Luego hablaron de sus relaciones con la población civil y la cuestión de los reclutamientos forzados, así como de las exacciones y los asesinatos de algunos guerrilleros que habían puesto en duda la autoridad de Fagoth y su Estado Mayor. Al concluir el seminario, los comandantes ventilaban estas discusiones con sus tropas. También debatieron sobre las modalidades de su propia supervivencia y el futuro de la lucha armada.

En lo referente a su supervivencia, los combatientes tenían tres opciones a elegir. Podían irse a los campos de refugiados y aceptar una desmovilización de hecho en espera de algo mejor. Otros, por el contrario, podían optar por establecerse en la margen hondureña del río fronterizo, el río Coco.

Al hacerlo elegían vivir con sus familias en condiciones de gran precariedad, pero alejados de las presiones de militares hondureños o de ciertos discursos moralizadores de miembros de las ONG que trabajaban para el ACNUR. La tercera opción consistía para algunos combatientes particularmente aguerridos, en vivir como nómadas en territorio nicaragüense abasteciéndose en diferentes pueblos donde tenían partidarios. Por otra parte, diferentes comandantes que estaban en contacto con la organización rival, MISURASATA, cuyo Estado Mayor estaba basado en Costa Rica, decidieron entablar negociaciones con sus viejos compañeros de armas.⁴

De otro lado, algunos comandantes se dieron a la tarea de reanudar los vínculos con los refugiados y sus autoridades recién elegidas. Atentos a las quejas y críticas de los refugiados, reconocen como autoridades igualmente legítimas a los miembros de las juntas y deciden presentar diferentes propuestas de trabajo al ACNUR junto con ellos. En unos cuantos meses, el Comité de Trabajo, cuya docilidad frente a los miembros del ACNUR consideraban excesiva, sería reemplazado por un Comité Central elegido en el seno de los miembros de las juntas.

Así pues, el año de 1984 está señalado por toda una serie de incertidumbres que llevan a un nuevo cuestionamiento del poder carismático de Steadman Fagoth, pero también a un proceso de reflexión profunda sobre el sentido de la lucha contra la tiranía sandinista, así como sobre el modo de organización de los refugiados. En adelante serán raros aquellos guerrilleros y refugiados que pensaban que los dirigentes capaces debían conducir ellos solos la guerra contra los sandinistas. Poco a poco se abre paso la idea de que es necesaria una dirección colegiada de las operaciones; también empieza a considerarse importante actuar con el consentimiento del mayor número posible de los combatientes y reunificar a las dos guerrillas indígenas antisandinistas.

⁴ En el transcurso de 1982 algunos comandantes se rebelaron contra Fagoth y se unieron bajo el mando de Brooklyn Rivera, quien organizó en Costa Rica un Estado Mayor competidor de aquel de Fagoth.

2. La invención de nuevas instituciones y su establecimiento

Las circunstancias fueron de lo más favorables para que se establecieran nuevas instituciones político-militares. Y es que a pesar de su activismo y su capacidad de convencer un número cada vez mayor de guerrilleros y refugiados sobre la necesidad de una «reforma», los opositores de Fagoth se topaban con un obstáculo importante. El comandante en jefe de MISURA gozaba del apoyo de las autoridades militares hondureñas, que eran omnipotentes en la zona fronteriza. Aunque los tiempos hubieran cambiado, aunque él se viera obligado a acceder a algunas peticiones de los comandantes y aunque ya no podía mandar asesinar a sus opositores con la facilidad de los primeros tiempos de la guerra, de cualquier forma seguía teniendo el poder de hacer que las fuerzas armadas hondureñas los expulsaran. Los militares hondureños se mostraban con él de lo más complacientes, porque había aceptado que se desviara en favor de aquellos una buena parte de la ayuda proporcionada por los Estados Unidos. Por eso, sin importar los posibles arreglos en MISURASA, de ninguna manera podía ponerse en cuestión el estatus político-militar de Fagoth y mucho menos hacerlo a un lado por la fuerza. Paradójicamente, fueron los militares hondureños quienes permitieron sacarlo del juego.

Sucedió que éstos eran blanco de las críticas de numerosas organizaciones defensoras de los derechos humanos que, respaldadas con pruebas, los acusaban de encubrir los crímenes de la Contra y de que ellos mismos cometían todo tipo de exacciones contra los sindicalistas y militantes de izquierda. En diciembre de 1984 fueron capturados varios milicianos sandinistas y Fagoth declaró públicamente que había que pasarlos por las armas para no llenarse de prisioneros, lo que provocó una ola de indignación en la prensa hondureña y norteamericana. Entonces las autoridades militares hondureñas, deseosas de lavarse las manos a bajo costo, lo declararon persona no grata y lo expulsaron a Estados Unidos.

La partida de Fagoth fue totalmente inesperada y creó una situación de vacío de poder, pero no por ello dejaría de existir la posibilidad de un relevo. Éste, por lo demás, tenía buenas probabilidades de ser

reconocido en la medida en que los norteamericanos y los hondureños no tenían la menor intención de permitir que desapareciera la guerrilla de los miskitus y necesitaban interlocutores fácilmente identificables. Y además de todo, una ventaja de los comandantes reformadores para hacerse oír era que el contexto parecía darles la razón. Sus advertencias sobre los aspectos particularmente contraproducentes de las exacciones de la guerrilla acababan de confirmarse de manera escandalosa. A Fagoth, apenas ayer temido y aparentemente todopoderoso, simple y llanamente lo habían expulsado del país. Lógicamente sus partidarios estaban completamente desmoralizados, algunos habían dejado la lucha armada y no parecían ser especialmente dignos de crédito. De repente, los comandantes reformadores se encontraban en una coyuntura de oportunidades particularmente favorables para colocar nuevas autoridades. Su primera preocupación fue convocar a todos los cuadros políticos y militares a designar un nuevo Estado Mayor, encabezado por dos de los suyos: Raúl Tobías y Samuel Kitler. Estas nuevas autoridades eran provisionales y debían convocar a una asamblea para reunir a representantes de los guerrilleros y de las diferentes comunidades. Los organizadores de esta asamblea se proponían hacer labor de nuevos fundadores, siguiendo el ejemplo de quienes se hallaban en el origen de las primeras organizaciones indigenistas de miskitus: ACARIC (1968), ALPROMISU (1974) Y MISURASATA (1979). Convocaron a todos los comandantes de MISURA y también a todos los de la organización rival MISURASATA, los de la base en Costa Rica. Invitaron también a los representantes de las comunidades exiliadas en Honduras y a los representantes de las comunidades que no habían sido mayoritariamente desplazadas por la guerra, como la gente de la región del litoral (Sandy Bay), los alrededores de Puerto Cabezas o la región de las minas (Siuna, Rosita y Bonanza). Asimismo invitaron a la asamblea a los representantes de las comunidades criollas y sumus. A la invitación respondieron unas cincuenta y seis comunidades, casi todas en el exilio. Así, por primera vez desde el inicio de la guerra contra los sandinistas (diciembre de 1981), se reunieron lado a lado exiliados y gente del interior, miskitus, sumus, criollos e

hispanohablantes, y guerrilleros de organizaciones rivales.

A diferencia de las asambleas anteriores, ésta no había sido convocada por unos cuantos notables con el respaldo de las instituciones que dominaban la sociedad miskitu. Efectivamente, tanto en la fundación de ACARIC como en la de ALPROMISU, pastores, profesores y sacerdotes habían tenido un papel de impulsores, y ambas organizaciones habían nacido, por así decirlo, a la sombra de la Iglesia morava y la Iglesia católica. También MISURASATA había nacido con fórceps bajo los auspicios del Frente Sandinista, que apoyó a un grupo de estudiantes miskitus deseosos de tener un lugar protagónico a costa de los dirigentes de ALPROMISU. Aquí no había nada de eso. Las fuerzas que extendían la convocatoria eran jóvenes comandantes, en su mayoría ex activistas de las campañas de alfabetización en lengua vernácula, combatientes de los primeros tiempos de lucha contra los sandinistas, luego del arresto de los dirigentes de MISURASATA (sucedido el 18 de febrero de 1981).

El contexto y el propósito de la asamblea eran excepcionales. En primer lugar se trataba de reunir, más allá de lo diverso de su circunstancia y su grado de compromiso con la oposición a los sandinistas, a representantes del mayor número posible de componentes de la sociedad miskitu. Luego había que ponerlos a deliberar para que decidieran si la guerra seguía o no. Finalmente había que lograr que eligieran una nueva dirección político-militar susceptible de ser reconocida por los diferentes grupos de guerrilleros.

Durante las primeras semanas del año de 1985 los comandantes reformadores se esforzaron en lograr la realización de esta asamblea plenaria: se volvió a trabar contacto con las comunidades nicaragüenses y con los guerrilleros de MISURASATA; se entablaron negociaciones con los militares hondureños para que no pusieran trabas a la reunión y facilitaran el transporte de algunos representantes de las comunidades en el exilio, a veces instaladas muy lejos de la frontera; se movilizaron decenas de guerrilleros para que construyeran una palapa gigantesca donde se desarrollarían los debates, y además se preparó un almacén entero de comida para los futuros visitantes.

En la primera semana de septiembre de 1985, en la asamblea de Rus-Rus se reunieron durante tres días más de 500 delegados⁵ con el poder de votar. Estaban presentes unos cien comandantes, un número equivalente de «políticos» y trescientos sesenta y cinco representantes de las comunidades.

Los comandantes y los «políticos» habían ganado reconocimiento por su talento e influencia durante la guerra contra los sandinistas, tanto entre las guerrillas como entre los refugiados; pero ninguno de ellos había sido designado formalmente por sus representados. Eran personalidades que se habían impuesto y que se presentaban como gente experimentada a la que había que tomar en cuenta en las deliberaciones. En cambio, los delegados de las comunidades habían sido designados de manera mucho más formal. Las comunidades en el exilio instaladas en los campamentos del ACNUR habían enviado como delegados a los tres primeros miembros de sus juntas, mientras que a las demás se les había dicho que enviaran a la asamblea a tres de sus gentes.

Reunidos en la base de Rus-Rus, los miembros de la asamblea comenzaron por discutir durante dos días la situación militar y política. Estas discusiones fueron tanto una oportunidad de intercambiar información, como la ocasión de que debatieran personalidades representantes de opciones rivales y divergentes. Por vez primera desde 1982 no sólo los cabecillas de la guerrilla sino también los representantes de las comunidades, se preguntaban abierta y colectivamente sobre la conveniencia de seguir la guerra. Y cabe destacar que, según el parecer de los diferentes participantes de la reunión, nadie excluía la posibilidad de que una mayoría se pronunciara a favor de las negociaciones y de una tregua con los sandinistas. Sin embargo, estas primeras conversaciones no tardaron en llevar a todos los presentes a elegir la continuación de la guerra. Luego llegó el momento de designar una nueva dirección político-militar. Una vez más, sorprende la novedad del acontecimiento. Hasta entonces, los dirigentes de ACARIC, al igual que los de ALPROMISU o de MISURASATA, se habían impuesto sin tener que

⁵ Hasta 700, según cálculos de diferentes participantes.

enfrentar a rival alguno. Aunque hubieran sido elegidos, no habían pasado por una elección reñida. En Rus-Rus se dio por el contrario una auténtica competencia entre los equipos rivales para designar tanto al directorio político como al consejo de ancianos, el consejo político, su equipo político y el Estado Mayor.⁶ Había por lo menos tres listas nominadas para los cargos de comandante en jefe y subcomandante en jefe: una integrada ante todo por comandantes surgidos de MISURASATA y otras dos conformadas por comandantes de MISURA. Finalmente venció una lista de MISURA, cuyos promotores tuvieron la prudencia de integrar con guerrilleros procedentes de Río Coco junto a otra gente de los llanos.

Aquí también, como en las deliberaciones sobre la continuación de la guerra, los debates estuvieron marcados por la mayor incertidumbre. No fue sino hasta la votación, en la que cada participante fue llamado a expresar pública e individualmente su elección, que se perfiló el resultado de los escrutinios.

Por último, deseosos de dejar bien sentada su voluntad de renovación, los miembros de la asamblea de Rus-Rus disolvieron las dos organizaciones guerrilleras rivales, MISURA y MISURASATA, que más bien parecían feudos de Fagoth y Rivera, y fundaron un nuevo movimiento: KISAN (Kus Indianka Sut Aslika Nicaragua, la Unidad de los Pueblos de la Costa Atlántica de Nicaragua), cuyo nombre señalaba la voluntad de reunificar a los diferentes componentes de la costa atlántica nicaragüense.

No cabe duda de que en la asamblea de Rus-Rus se descubrieron graves obstáculos al juego democrático. Por ejemplo, los delegados que se reunieron y deliberaron eran en su inmensa mayoría hombres. Aunque en las comunidades las mujeres habían participado en la designación de los delegados, ninguna de ellas fue nombrada representante de su comunidad; esta posibilidad era sencillamente irimaginable. Además, muchas comunidades miskitus no estaban representadas y los partidarios de los sandinistas fueron obviamente

excluidos. Por otra parte, muchos participantes eran notables que encabezaban redes de influencias militares o políticas, que era a todas luces el caso de los comandantes. Lo mismo puede decirse de los «políticos», así fueran laicos, ex comandantes o religiosos. Finalmente, hay que insistir en que si bien esta asamblea concluyó con la elección de una nueva dirección, esta designación no se hizo con boletas secretas, sino con una votación pública que permitía presionar a los electores.

Pese a todo, dejando de lado estos incumplimientos con la democracia, se distinguen diferentes cambios relacionados con las mutaciones democráticas. Anteriormente, las asambleas (como las realizadas cuando la fundación de ACARIC o de ALPROMISU) eran convocadas por un pequeñísimo número de pastores, sacerdotes o profesores, que invitaban a los participantes a asociarse a una empresa cuyos objetivos ya estaban definidos de antemano. Los asistentes eran invitados solamente a ratificar decisiones ya tomadas, pero de ninguna manera a discutir las o enmendarlas. El funcionamiento de estas reuniones fundadoras reproducía fielmente el de las comisiones parroquiales de la Iglesia morava. A imagen del pastor, los fundadores invitaban a los participantes a debatir y discutir, ciertamente, pero en un marco establecido previamente y en el la discusión se limitaba a las formas de llevar a cabo las opciones elegidas por un pequeño número de personas.

Las cosas apenas cambiaron con la creación de MISURASATA. La concurrencia se sometía a la política de «lo hecho, hecho está», tanto en lo referente a la desaparición de ALPROMISU y su reemplazo por MISURASATA, como en la designación de los dirigentes de esta nueva organización. Aquí se procedió a la inversa. Era un cónclave de varias decenas de comandantes, «políticos» y representantes de refugiados que convocaban a una asamblea plenaria cuyos resultados eran inciertos desde el principio. Más de quinientos participantes tendrían no sólo el derecho de votar, sino que además establecerían el orden del día. Aquí nos hallamos lejos del discurso vertical que caracterizó la fundación de MISURASATA. En Rus-Rus, los delegados accedieron a participar hasta el detalle

⁶ El Directorio Político comprende cinco miembros; el Consejo de Ancianos, ocho; el Consejo político, cuatro; el Equipo Político, nueve y el Estado Mayor, siete.

en las intrigas políticas. Los comandantes informaron sobre la situación político-militar de las zonas en las que combatían y la expusieron a la concurrencia. Lo mismo hicieron los representantes de los refugiados. Además, hubo muchos intercambios de opiniones sobre la posibilidad de seguir o no con la guerra, el carácter aleatorio de la ayuda norteamericana, la actitud del ACNUR, y ciertas ofertas de paz de los sandinistas.

Las formas de elegir una dirección político-militar eran aquí también perfectamente nuevas. No sólo se denunciaron las divagaciones dictatoriales de Fagoth y las de Rivera, sino que se llegó hasta los mismos fundamentos, pues desde el principio la realización misma de la asamblea equivalía a un cuestionamiento de sus poderes respectivos. Una de las primeras decisiones de la asamblea fue afirmar que éstos «participan en la lucha como (simples) miembros, ya no como dirigentes». Este cuestionamiento se articulaba con la aceptación de que había un vacío de poder y de que para remediar esta situación hacía falta un nombramiento democrático. La situación distaba mucho de ser la de una camarilla que mediante un golpe de fuerza contra el grupo dirigente lo reemplaza sin más trámite. Dos comandantes en jefe fueron impugnados y destituidos; entonces se decidió llamar a los candidatos a la dirección político-militar para que se dieran a conocer y los miembros de la asamblea pudiesen elegir a su equipo de dirigentes entre varias posibilidades. Por primera vez en la historia de la guerrilla, se reconoció que existían divisiones y rivalidades entre los combatientes, y además se admitió que podían expresarse públicamente y que se zanjarían mediante la suma de los sufragios individuales.

Desde este punto de vista, la importancia acordada al conteo de los votos fue ejemplar. Se pedía a los votantes que expresaran su preferencia uno por uno, mientras que un equipo de escrutadores anotaba en el pizarrón la opción señalada. Esto significaba una ruptura con los ideales de unanimidad propios de los miskitus. Efectivamente, los miskitus profesan que las decisiones legítimas son las que se toman en común (*asla bapanka*) a partir de una idea federadora (*asla lukanka*). El ideal es un estado de armonía entre las diferentes partes que integran la comunidad (*kupia*

kumi).⁷ Pero aquí se procedió a la inversa. Al igual que en las discusiones de las asambleas comunales o de las iglesias, se manifestaron las diferencias y se expresaron los desacuerdos. Sólo que en vez de tratar de resolver las diferencias mediante un acuerdo mínimo gracias a múltiples ajustes y a propuestas hechas allí mismo, se optó por concretar esas diferencias en una expresión aritmética. Y entonces se abrió paso la idea de que la suma mecánica de las diferencias expresadas individualmente permite adoptar una opción en lugar de otra. Así también se abrió paso la idea de que la mayoría gobierna cierto tiempo y que al término de su periodo se convoca una nueva asamblea.

Una última manifestación del cambio que importa destacar es la publicidad de los debates y su grabación. Efectivamente, varios periodistas de la prensa hondureña e internacional fueron invitados a asistir a los debates. Por otra parte, se encargó a algunos guerrilleros que consignaran los debates, los resultados de los votos y las decisiones tomadas por la asamblea.

3. La generalización de las prácticas democráticas

Las prácticas democráticas instituidas en Rus-Rus no se convirtieron en letra muerta, sino que se impusieron como una nueva praxis. Estas nuevas formas de hacer y pensar influyeron tanto en las relaciones con los refugiados como en la manera de llevar la guerra y de resolver los enfrentamientos dentro de la guerrilla.

Hemos visto cómo desde antes de la asamblea de Rus-Rus, los refugiados habían sido reorganizados por las agencias del ACNUR según los modelos que se conformaban a los cánones de la democracia representativa. Ya describimos cómo los reformadores apoyaron este movimiento estableciendo un Comité Central por encima de las diferentes juntas de gobierno comunitario. La fundación de KISAN coincidió con un resurgimiento de dichas iniciativas. Los miembros de la Comisión Política y sus asesores adquirieron la capacidad de proponer algunas acciones de salud

⁷ Aquí recupero un párrafo de un estudio anterior. Véase Bataillon (2000).

pública y educación a las ONG que trabajaban para el ACNUR, así como de participar en los programas agrícolas organizados por ellas. Además surgió toda una estrategia incrementalista por parte de los guerrilleros ante el ACNUR. El Comisionado dejó de ser considerado a priori una agencia favorable a los sandinistas, y los miembros del KISAN aprendieron a tomar en cuenta los reglamentos internacionales y a aceptar la posibilidad de las posiciones de neutralidad ante el conflicto que los oponía a los sandinistas. Por otra parte, descubrieron la posibilidad de que los refugiados miskitos y mayangnas ya no quisieran apoyar a la guerrilla, como lo habían hecho en 1982 y 1983. De este modo, los guerrilleros acabaron con la conscripción que ellos mismos habían instituido. También comenzaron a prestar oídos a las reconveniones del ACNUR sobre los mayangnas. Considerados por la mayoría de los miskitos como miembros de una etnia inferior, los mayangnas habían sido sometidos al reclutamiento forzado, no tanto para hacerse de guerrilleros como de cargadores para los guerrilleros. Con el respaldo de un antropólogo alemán, algunos de ellos denunciaron los hechos al ACNUR y a los miembros del Departamento de Estado norteamericano. Entonces comenzó una verdadera negociación entre los comandantes reformadores, la Comisión política, el Consejo de Ancianos, el ACNUR y los dirigentes mayangnas para que terminaran estas prácticas.

Por otra parte, la nueva dirección político-militar se enfrentó apenas elegida a un doble problema: la desertión de muchos guerrilleros desmoralizados por la precariedad de su situación y la suspensión de la ayuda norteamericana. Y en muchos aspectos, las turbulencias vinculadas a la expulsión de Fagoth sólo acentuaron el movimiento. Además, en el interior de Nicaragua, a nivel local, algunos comandantes se habían convertido en otros tantos reyezuelos sin control que multiplicaban los abusos contra la población civil. Los refugiados mismos experimentaban un desaliento sin precedentes, y muchos llegaban al punto de dudar tanto de las posibilidades de victoria sobre los sandinistas, como de las del ACNUR para protegerlos. Por eso algunos consideraban muy seriamente la solicitud de

repatriación. A diferencia de los métodos que hasta entonces habían prevalecido, la dirección político-militar eligió enfrentar esas dificultades mediante la negociación y la persuasión; pero no cabe duda de que persistieron algunos abusos de poder. Por ejemplo, un comandante fiel a Fagoth, Francisco González, estuvo encarcelado por semanas en condiciones particularmente abyectas. Ahora bien, primer indicio del cambio: no fue ejecutado y, ante las presiones del ACNUR, el nuevo Estado Mayor se vio obligado a liberarlo y lo dejó reinstalarse entre los refugiados. Por otra parte, y también esto era la primera vez que ocurría, los comandantes permitieron que los guerrilleros dejaran las bases y se fueran a los campamentos de refugiados. Su razonamiento era doble: pensaban que no podrían retener legítimamente ni por mucho tiempo a los guerrilleros que habían expresado sus deseos de dejar la lucha, y además afirmaban que una injusticia tal era contraproducente. Este tipo de reclutas casi siempre eran muy poco fiables, militarmente hablando.

Cuando finalmente se conocieron estos hechos, resultaron desastrosos para la imagen característica de la guerrilla. De los cerca de 1.300 guerrilleros que tenía KISAN en sus bases hondureñas, unos 500 regresaron a la vida civil y optaron por la condición de refugiados. Los que decidieron quedarse fueron reorganizados y motivados mediante largas discusiones con los miembros del nuevo Estado Mayor. En adelante, los guerrilleros ya no sólo recibirían instrucción militar, sino también formación política.

Los diferentes comandantes insistían en que ahora era necesario respetar los grandes lineamientos de la Convención de Ginebra y explicaban a sus tropas que ésta era una obligación moral a la vez que un imperativo estratégico ante las campañas de prensa de los sandinistas y sus simpatizantes. También decidieron destituir a algunos comandantes, como el Pitufo, que se habían convertido en verdaderos señores de la guerra aterrorizando a la población de la zona en donde estaban acantonados. Entonces enviaron nuevos responsables partidarios de la reforma a sustituirlos en sus cargos. Una vez en el sitio, éstos recuperaron el mando de las tropas y echaron a los más corruptos. También ordenaron liberar prisioneros, a quienes algunos

trataban de manera totalmente inhumana, como una enfermera y un médico sandinista. La primera había sido violada repetidamente por la mayoría de los miembros del grupo del Pitufo, mientras que al segundo lo habían tratado literalmente como esclavo. Asimismo se ordenó devolver la libertad a algunos jóvenes que habían sido reclutados por la fuerza en las comunidades y se estableció con toda claridad que las jóvenes que solían venir voluntariamente a cocinar para los guerrilleros y a lavarles la ropa eran libres de regresar con su familia en el momento que así lo quisieran, precisando que nadie tenía derecho a abusar de ellas. Este nuevo estilo también influyó en la reacción a las ofertas de paz que algunos comandantes, como Panting y luego Rubio en la zona de Yulu, recibieron de parte de los sandinistas. Estas propuestas de cese al fuego fueron obviamente muy mal acogidas por el nuevo Estado Mayor. Los presentes en la asamblea de Rus-Rus acababan de decidir la continuación de la guerra y las tropas se habían reorganizado con este propósito. Muchos miembros de KISAN se sintieron traicionados cuando Panting decidió aceptar las ofertas de los sandinistas, pero ya no podían recurrir al asesinato como antes para llamar al orden a los opositores. Por supuesto que los nuevos dirigentes multiplicaron las operaciones militares contra los sandinistas a todo lo largo de las negociaciones, pero ya no atacaban el lugar de las negociaciones ni arremetían contra sus viejos compañeros de armas. Y aunque sí es cierto que una vez concluida la paz de Yulu la denunciaron como un acuerdo vergonzoso; pero en cierta forma la aceptaron como un elemento de la nueva situación político-militar. Esto revela cuán lejos quedó el ambiente que pudo imperar en 1982 y 1983, cuando Fagoth no vacilaba al condenar a sus opositores a la muerte, ya fuera organizando emboscadas contra ellos o bien enviándolos a combatir a zonas en las que sabía que estarían en gran desventaja.

La decisión de deliberar en común, al igual que la preocupación por designar democráticamente a los equipos dirigentes, dejaron sentir su fuerte influencia durante las crisis provocadas por las malversaciones de algunos miembros de los nuevos órganos directivos y por los acuerdos de paz con los sandinistas, o bien debidas a los intentos por regresar al poder de los

dirigentes vencidos durante la Asamblea de Rus-Rus. Efectivamente, en cuanto fueron nombrados, algunos responsables desviaron en provecho propio los recursos proporcionados por Estados Unidos y luego dejaron sus puestos. Por otra parte, como ya se ha visto, una vez concluido el cese al fuego con los sandinistas, algunos comandantes se escindieron y crearon su propio movimiento: KISAN Pro Paz. Mientras tanto, respaldados por sus contactos con los norteamericanos, otros sectores de la Contra, Brooklyn Rivera y Steadman Fagoth multiplicaron las intrigas en un intento por recuperar su pasada influencia y volver a ocupar los primeros lugares. Fagoth, que había vuelto a congraciarse con el ejército hondureño, hizo que metieran a la cárcel a un sector entero de la dirección de KISAN y que después los expulsaran. Es decir, que con todo y las reformas y los cambios promovidos en 1985, KISAN pasaría por dificultades considerables.

Sin embargo, nunca más lograron imponerse las soluciones autoritarias empleadas por los viejos dirigentes para deshacerse de un estorbo. En una última maniobra para recuperar su influencia, éstos no encontraron otra solución sino convocar una nueva asamblea. En junio de 1987, tras el voto del Congreso de los Estados Unidos a favor de una ayuda de cien millones de dólares para la Contra, Fagoth y Rivera obtuvieron el apoyo del Departamento de Estado para organizar una asamblea como la de Rus-Rus. Del 13 al 17 de junio, ochocientos cuarenta y seis delegados, en representación de ciento seis comunidades, fueron invitados a debatir y a nombrar nuevos órganos dirigentes. Aunque estaban presentes los comandantes y guerrilleros, ninguno de ellos tenía derecho a votar. Luego de tres días de deliberaciones y críticas de los procedimientos de Fagoth y Rivera, los delegados de las comunidades decidieron darles, pese a todo, una nueva oportunidad. KISAN se disolvió y en su lugar surgió un nuevo movimiento YATAMA (Yapti Tasba Masraka nani Aslika, Unidad de los Pueblos Indígenas de la Madre Patria). El Consejo Político y el Equipo Político fueron reemplazados por un Directorio, una Comisión Política, una Comisión de las Mujeres y una Fiscalía Militar. Los tres miembros que integraban cada una de estas instancias eran nombrados a razón de una

persona por corriente: los allegados de Fagoth, los de Brooklyn, los comandantes reformadores. Y unos días más tarde, los combatientes se reunirían para elegir a su vez a los miembros del nuevo Estado Mayor.

La organización de esta asamblea muestra claramente las capacidades de Fagoth y Rivera para resurgir luego de haber sido sustituidos por los representantes de las comunidades y los guerrilleros reformadores. No obstante, hay que señalar que hizo falta todo el poder de convencimiento de los representantes del Departamento de Estado norteamericano y la promesa de que cinco de los cien millones de ayuda a la Contra votados por el Congreso se asignarían a los guerrilleros indios para que los delegados aceptaran la solución de un triunvirato formado por Fagoth, Rivera y un representante de los reformadores. Una vez más, la asamblea impondría en cierta medida sus puntos de vista, puesto que al principio no podía ni hablarse siquiera de restituir a los dirigentes históricos y eliminar a los reformadores de todos los órganos de dirección. La Asamblea declaró también con toda solemnidad que daba «una última oportunidad a esos tres líderes, que deben trabajar unidos y pensar en el pueblo, no en sus intereses personales». Precisaba que «ninguno de ellos tiene mando absoluto sobre la organización, pero que podrían tomar mandos rotativos; que no tienen [mando absoluto] sobre los militares, porque los combatientes son del pueblo y [éste] no puede ser usado como tropa de una persona».⁸ Más allá de esta advertencia, uno de los nuevos órganos de poder establecido durante la asamblea, la Fiscalía militar, señaló una nueva preocupación por los derechos humanos. Esta institución se debía a los deseos tanto de los reformadores como de algunos miembros del Departamento de Estado, preocupados ambos por proseguir con el combate contra los crímenes cometidos por algunos comandantes y sus seguidores. Por lo demás, cabe destacar que uno de los cabecillas de los reformadores, el comandante Mono, formaba parte de los dirigentes de esta institución. Asimismo se

procedió al establecimiento de una Comisión de Mujeres.

No hay que crearse demasiadas expectativas sobre el poder de influencia de esta instancia; sin embargo, vale la pena señalar que significó una verdadera revolución para las costumbres de la guerrilla y de las comunidades miskitus. Por último, destaca el hecho de que los diferentes miembros del Estado Mayor fueran elegidos en esta ocasión por un consejo de comandantes. Y si bien es cierto que Fagoth y Rivera tenían el poder de proponer candidatos, en los hechos a menudo se vieron obligados a apoyarse en candidatos que hubieran ganado un aura propia. Así el comandante Blas, quien fue jefe del Estado Mayor, ganó gracias a su notable audacia en el combate y no porque lo hubiera apoyado Fagoth. Además, después de esta elección, algunos de los nuevos responsables, excesivamente dependientes de uno de los líderes de MISURASA y de MISURASATA, se vieron obligados a renunciar; en su lugar quedarían los reformadores.

4. Conclusión

Al recorrer los diferentes momentos del establecimiento de prácticas democráticas en la guerrilla y el exilio miskitu, se descubre hasta qué punto esta invención fue no solamente paradójica, surgida justo en medio de una guerra, sino en qué medida resultó de la conjunción de diferentes proyectos. En efecto, no fue ni la obra de un sector miskitu movido por un mismo ideal 'la reforma de la guerrilla', ni una imposición hecha a la sociedad miskitu por agentes externos. Esta empresa se situó en la encrucijada de varias experiencias y proyectos y fue el resultado de sus interacciones.

Hay en esta experiencia un primer momento que remitía a las necesidades funcionales de la práctica de la guerra de guerrillas. Ésta sólo era posible si se reconocía un margen de autonomía a los comandantes que guiaban a sus hombres en el combate, y esta experiencia llevó a cuestionar la fe en la omnipotencia de un dirigente carismático. Hay un segundo momento, en el que se recurrió a la tradición cristiana para criticar los abusos de poder de los dirigentes de la guerrilla. Si bien los sandinistas fueron comparados con el Faraón,

⁸ Memorando anónimo y manuscrito: «Presencia histórica de la lucha indígena en Nicaragua», recogido en septiembre de 1993 en Puerto Cabezas.

Fagoth no tardaría en ser considerado por algunos como otro Faraón.

Por otra parte, al retomar por su cuenta la práctica de las asambleas propias de las comunidades miskitus, algunos combatientes cambiaron de plataforma. Recuperaron la idea de la discusión en común y el análisis colectivo, pero dejaron atrás la idea de la unidad y admitieron la división en grupos de opiniones antagónicas. Y además de todo, reconocieron que estas divisiones se zanjaban momentáneamente mediante la práctica del voto mayoritario. Este descubrimiento fue promovido por ciertas críticas y presiones externas. Las de los observadores de la guerrilla, periodistas y antropólogos que reforzaron las convicciones de aquellos para quienes el nombre de «combatientes de la libertad» era un nombre que obligaba a respetar ciertas prácticas y a prohibir otras. La presencia del ACNUR también fue una ventaja considerable en la lucha de los reformadores. Los miembros de esta organización internacional no sólo denunciaron algunos abusos de la guerrilla, sino que ofrecieron una protección real a todos los miembros de la guerrilla perseguidos por los poderosos del momento.

Bibliografía

BATAILLON, Gilles. 2000. «Mosquitia nicaragüense, 1979-1999. Cambios sociales e igualamiento de condiciones». En Joel DELHOM y Alain MUSSET: *Nicaragua dans l'oeil du cyclone*, IHEAL-IHNCA-UBS, París.

BATAILLON, Gilles. 2001. «Cambios culturales y sociopolíticos en las comunidades mayangnas y miskitus del río Bocay y del Alto Coco (1979-2000)». *Journal de la Société des Américanistes*, tomo 87, p. 376-391.